

Sobre *Un pequeño mundo enfermo*,
de Julián Joven [Cristian Molina]

Mar del Plata: La Bola Editora, 2014.

✉ JAVIER GASPARRI / Universidad Nacional de Rosario / jegasparri@gmail.com

Mutantes

Como sabemos, la condición mutante de una enfermedad, cualquiera sea, es que hace aparecer lo desconocido de la carne. Aparece *algo, eso*, que no conocemos, como aparece un fantasma, y a esto bien claro lo tiene la ley del género de las películas o relatos de miedo.

Por cierto, mucho miedo me dio asomarme al «pequeño mundo enfermo» que promete el poeta marplatense Julián Joven: tratase de una aventura tenebrosa, por lo menos para alguien como quien suscribe estas líneas, un ensimismado profesor cuyos hábitos taciturnos se reducen a tomar cerveza, practicar la sodomía y escuchar a Andrés Calamaro.

Y entonces, hay que transitar, con temor, la «Genealogía del cáncer» en la que «Todo/ un grano/ un estornudo/ una manchita/ asustan» (20). Supongo que puede ser un grano de pus en la cara, en el dedo, en la pantorrilla, o en el culo, pero está claro que el grano que más asusta es el de soja. El que procesan «los motores a todo trapo/ de las cerealeras en la madrugada» (29). Porque el «pa(i)saje» de cuyas «posibilidades e imposibilidades» «hablamos todo el día» (85) es el campo, lleno de soja, atrás del cadáver al que le salen moscas por la nariz (15).

En efecto, todos pasan, cual zombis, despojos mutantes, o espectros cadavéricos: pasan los peones, pasa Norma, pasa el pibe con la gorrita, pasa el contador «con su sonrisa de buenito» (72), pasa la tía —tiesa con el vestidito de flores negras—, pasa, en fin, el pá, «el fantasma de papá cáncer» (45), incluida su mala praxis. No hay cuerpo que escape al Mal del que un pequeño mundo cualquiera (por caso, cerealeras o vecinos) siempre tiene parte; acaso también, y sobre todo, el cuerpo arrojado a la muerte.

El temor al que más nos expone este pequeño mundo enfermo es inventar la posibilidad de alguna sobrevivencia o sucumbir a la plaga total. La plaga del cáncer, claro, pero también la plaga de moscas, y entonces tal vez el temor disuelva su disyunción porque una forma de sobrevivencia, la que más se impone, es precisa-

mente la plaga de moscas. En cualquier caso, mutando. Porque la sobrevivencia se inventa y no podemos conocer *a priori* su modo de realización.

Así, las señales de sobrevida podrían aparecer en un gordito que de vez en cuando es mencionado, cuya voracidad es un exceso al que no cede: voracidad de lectura, de escritura, de dulce de leche. Son esos los instantes de goce en los que sobrevive: «escribir tampoco cuesta demasiado/ dicen que es saludable (...) Por eso todos piden que alguien escriba/ y que alguien lea/ para la supervivencia de la especie/ pero nadie —o pocos— lo hacen (...) [el gordo] todos los días se come la escritura/ y la lectura/ como el dulce de leche (...) hasta el goce/ que es lo único en que sobrevive aunque sea un ratito» (74). O bien, la felicidad puede estar, para el gordito, en el programa de Guido Kackza. Pero es que el gordo también es un mutante, que sólo con el picadillo ya es Pantagruel, porque tiene «la barriga con un mundo adentro/ lleno de hombrecitos que le pedían comida» (48), y aunque siga «como los hámsters/ en su cinta de correr» (27), no reconoce el reflejo de «un cuerpo extraño de la pantalla» (48), no cree en su propio reflejo, y «se mira en el espejo y sabe/ que es y no es el mismo rostro» (49). El gordo mutante no puede reconocer su propia imagen reproducida, por eso también «sueña que son parásitos» los pliegues de las estrías (15).

En este pequeño mundo de mutantes, las distintas formas de lo viviente pueden hacer plaga, como las moscas o como las chinches, que hacen reventar el caballo y que «caían y explotaban en el césped/ como la plaga de Egipto» (75). Pero misteriosamente también pueden resistir, como las palomas, que «van y vienen desde las cerealeras (...) pero nunca entendimos /no /si acá hay tanto veneno/ por qué se quedan y cómo viven las palomas» (25). Porque las cerealeras, en efecto, son el horizonte de regulación más poderoso para contaminar la vida. ¿Qué acción, qué resto, queda para destruir su tiranía? Con risa que sangra, escribe el poeta: «No vas a cambiar la historia/ pero si todos los días venís y meás las cerealeras/ alguna vez/ aunque sea ese pedazo de la chapa/ se va a oxidar» (86).

Como lo mutante es esencialmente lo desconocido, por supuesto también puede ocurrir algún «milagro mutante», como el del testículo mutante, del cual «a lo mejor nace/ como una proyección del hijo que hoy deseás/ salta del escroto a la vida» (35). Comienza a vislumbrarse, así, el territorio de la normalidad como el más nítido territorio que hace a la enfermedad del pequeño mundo. Y acá sí, ¡qué miedito! Como «el miedo a los hombres —a ser hombre— era lo normal/ incluso ahí como antes/ cuando el hombre gritaba que era Martín Fierro/ y que merecía respeto» (31).

Si insisto en que *Un pequeño mundo enfermo* me dio mucho miedo, es porque, a diferencia de las apreciaciones del entrometido de Cristian Molina, que ya anduvo hablando de este libro para evocar la idea de la escritura como salud, creo que el poemario pone a la enfermedad en su sitio no de dramatismo, sino de oscuridad tenebroso, que es el que por definición le cabe, restituyéndolo, y lo exaspera, mediante la voz siniestra que lo articula.

Miedo, entonces, al cáncer, miedo a las moscas, miedo a la soja y las cerealeras, miedo, en fin, a los bichos. Ojalá fuesen los bichos que se comen la soja, de

esos que se quejan los chacareros cuando dicen «se me embichó toda la soja», y entonces recurren a los servicios de los plaguicidas cancerígenos. Ojalá los bichos mutantes sean tan potentes como para comérsela toda y que no les quede más remedio que encogerse de hombros. Pero no, pareciera que el temor es a los bichos que invaden el cuerpo en toda peste, y nos recordaría entonces a cuando, en plena pandemia del sida, las maricas te decían «nena, estoy embichada».

Del cáncer nadie se salva, y así lo oímos en esa suerte de grito claro pero desarticulado, cual nudo en la garganta, que puebla numerosas páginas («cacnneercrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr»), y también «Porque el cáncer dicta/ sí/ su genealogía fatal uno a uno/ hasta que todos/ todos/ sí/ todos/ terminemos en la misma línea/ como gladiadores o como Sísifo/ según lo determine la moira de la sangre» (21).

El cáncer es lo normal, y entonces llegan las moscas, la auténtica plaga que sobrevivirá. Moscas por todos lados, «en tu plato de comida/ esa milanesa de soja» (19), «las ciudades se llenan de moscas/ vinieron de los costados/ y las autoridades/ piensan evacuaciones masivas/ hacia la luna/ la luna será conquistada/ porque las moscas se robaron el mundo» (36). Las moscas salen de adentro de los cuerpos *normalmente* muertos de cáncer, despojos cadavéricos que habilita el nosotros: «y aparecieron las moscas/ desde el interior de nuestros cuerpos/ nos abrieron agujeros/ y ahí las vimos/ flotando» (46). Las moscas, entonces, serán las subversivas de la normalidad: «Las moscas/ salen de los cadáveres que levitan en la atmósfera/ persiguen sin pausa/ los pasos de esta normalidad (...) moscas múltiples infinitas/ que saturan la habitación/ y se comen el cosmos» (61); ellas mismas lo afirman: «nada/ impedirá/ que abramos agujeros en la piel/ para salir a la normalidad del mundo» (19). El mundo, en fin, de las moscas: «Sólo quedamos las moscas/ para recoger el testimonio de las moscas/ y de los que nos alimentaron» (84).

La escritura, así, no es lo que sobrevive. La última página del libro no es aquella en la que se escribe el último verso sino allí donde ya no queda letra: me refiero a las páginas negras. Luego de la amenaza, en algunas páginas hacia el final, con formas irregulares, termina el libro con cuatro páginas en negro total, cual metástasis del cáncer *terminal*, o nube de moscas que ya plagaron la página entera y tomaron, *finalmente*, el libro, es decir, el mundo.

Por eso, las moscas son las únicas que sobrevivirán al cáncer. Y encima, se pueden alimentar de sus despojos, es decir de sus cadáveres. De allí que si Perlongher gritaba, ante el devastamiento, «¡Cadáveres! ¡Cadáveres! ¡Cadáveres!», Julián Joven, además de «cáncer», parece gritar «¡Moscas! ¡Moscas! ¡Moscas!». Esa plaga, entonces, es la que sobrevivirá. Y por su anomalía, está bien que así sea, porque el cáncer es la normalidad, y entonces las moscas son las que prometen un pequeño mundo nuevo. ¿Qué nos queda? Terminar de envenenarnos con Raid. *Por si las moscas*.